editorial

Los montevideanos sobre el Estado

Taz vez los resultados de la encuesta que publicamos una semana atrás, que revelan una postura fuertemente estatista en la población de nuestra capital, hayan sorprendido a muchos de nuestros lectores. No a nosotros. **Búsqueda** se fundó para luchar contra la idea general en nuestro medio, de que el Estado es bueno y la iniciativa privada es mala; el móvil de ganancias que inspira a ésta es la fuerza corruptora que rebaja su nivel ético, en contraste con un Estado y una empresa estatal que funcionan sin fines de lucro; el Estado puede resolver todos los problemas; o podría hacerlo si tuviéramos más suerte con los gobernantes, y por lo tanto cada vez que algo funciona mal la solución está en potenciar el papel del Estado, así se trate de uno de los infinitos casos en que lo que funciona mal es algo estatal. Se fundó para eso nuestra revista, hace no mucho menos de veinte años, y nunca nos hicimos la ilusión de que algún día podríamos decir: misión cumplida. Es estimulante, por otra parte, saber que aún tenemos tanta tarea por delante.

Hay cosas curiosas en la encuesta. Por ejemplo, hay un cuadro (el 19) en que se pregunta sobre si la intervención del Estado debería aumentar o disminuir en cierto número de actividades. Una de ellas es, según el cuadro reza "las universidades". En la educación superior la participación del Estado debe ser de 99 y fracción por ciento. Pues el 64 % de los encuestados dijeron que el Estado debía intensificar su participación. Es como sostener que la proporción de agua salada en el océano debería aumentar.

En el caso de la salud los que querrían una mayor participación estatal alcanzan al 88 %. En su enorme mayoría, los servicios asistenciales se prestan por el gobierno o por instituciones, mutualistas o cooperativas, que, por obra del control de precios, no tienen ningún incentivo para ser eficientes, y representan un remedo del Estado. Al mismo tiempo el monopolio estatal de los seguros excluye el desarrollo de este instituto en el campo de la salud, lo que constituye la posibilidad más promisoria de cambio. Haga un esfuerzo y trate de concretar cuál es la aspiración de aquel 88 % de los encuestados. Verá que no es fácil.

Nos viene a la mente el recuerdo del plan nacional de salud que se elaboró durante el gobierno de Bordaberry, impulsado por el Ministro de Salud Pública, el Dr. Pablo Purriel, un ilustre facultativo. El Dr. Purriel denunció que en los hospitales estatales, de 5 quilos de carne que ingresaban, sólo uno llegaba a los pacientes, y que para la leche regía igual proporción. Sin embargo, el meollo del plan de salud que aquel destacadísimo profesional preparó consistía en estatizar todo el resto del sistema.

La religión no es precisamente el campo propicio para la racionalidad, y sin duda lo que tenemos entre manos en este país es una religión del Estado. Sin tener esto en cuenta, todo es incomprensible. Por supuesto, esta misma religión fue la oficial en las ciudades-estado de la Grecia clásica, una religión por cierto peligrosa de desafiar, como lo muestra el trágico caso de Sócrates. Si en Atenas hubieran hecho encuestas sobre si los dioses del panteón oficial eran verdaderos o falsos, el resultado se habría parecido mucho al de la muestra.

Es, esencialmente, la misma religión. En lugar de hombres sonoros, los dioses de nuestro panteón tienen siglas, pero también tienen templos, y sacerdotes dispuestos a perseguir herejes y blasfemos. ¿Cree usted que Palas Atenea protege a nuestra ciudad? ¿Piensa que ANCAP defiende al país? Básicamente es la misma pregunta.

La historia de la primera mitad del siglo XX uruguayo no es más que la historia del ascenso de esta fe, y la de la segunda tal vez sea la de sus crisis y superación. Generación tras generación, a partir de los albores de la presente centuria, han sido educadas en nuestras escuelas y en nuestros hogares, en el credo estatista. Creo que los seguros en manos del Estado serán más baratos y a la vez darán ganancias. Creo que el Estado es mejor patrono que el empresario privado, y que los funcionarios públicos alcanzan mayor plenitud vital en sus empleos, a la vez que una remuneración más generosa, que los empleados privados. Creo que la multiplicación de empresas estatales es el camino que llevará al país a la prosperidad. Creo que, siendo un país pequeño, débil y atrasado, necesitamos que el Estado nos proteja contra la penetración de los bienes mejores y más baratos que producen las grandes potencias industriales. Creo que la falta de espíritu de lucro de las empresas estatales es eficaz garantía de que estarán siempre al servicio de los verdaderos intereses del país. Creo que es innecesario que los particulares ahorren ni ejerzan por cuenta de cada cual la previsión, y que el Estado puede hacer para todos en conjunto todo esto mucho mejor. Creo que el monopolio del alcohol permitirá a ANCAP combatir eficazmente el alcoholismo, y que el monopolio de los hidrocarburos le permitirá abaratar los combustibles. Etcétera. Es un credo muy extenso, pero son pocos los uruguayos que salen de la escuela sin saberlo recitar entero.

¿Qué acontece cuando la realidad proclama a gritos que ese credo es falso? Con frecuencia se producen crisis de fe, luchas en la intimidad de la conciencia, pero no necesariamente abjuraciones abiertas. No en tanto el fiel carezca de otro sistema de ideas que le permita integrar los datos de la realidad de manera coherente. Entretanto, sin embargo, la mente íntimamente sacudida por la duda revela su escisión a través de contradicciones. Por ejemplo, cuando los encuestados creen mayoritariamente que las empresas públicas mejorarían si fueran privatizadas, y sus servicios no costarían más, pero siguen queriendo que sean estatales. Por ejemplo, cuando creen que la economía anda mal por culpa del gobierno, pero reclaman que el gobierno intensifique su intervención en la economía.

El fiel en situación de íntimo conflicto todavía hace genuflexiones cuando pasa frente a los ídolos. Todavía miran hacia ellos cuando están en aprietos —¿cuántos uruguayos, al están en dificultades, no esperan que el gobierno venga a resolvérselas?— pero en el fondo saben que todo aquello es una gran patraña. Al mismo tiempo, si abandonaran el sistema de ideas en que han crecido, que les han inculcado, en el cual se han construido su morada intelectual, les invadiría una sensación de tremenda y esencial inseguridad. Las falsas filosofías, después de todo, no caen al impulso de los hechos, sino de una nueva filosofía que se muestra en armonía con los hechos.

El gran desafío que tenemos por delante, pues, implica nada menos que cambiar la cultura común de nuestra sociedad. Por más que la enunciación de la tarea por sí sola impone, no se debe perder de vista que tenemos a nuestro favor una corriente de opinión que cubre al mundo, que sin duda cubrirá los islotes de estatismo que aún quedan. Eso hace que el estatismo uruguayo esté condenado. La cuestión, pues, sólo atañe —por importante que esto sea, como sin duda lo es— a cuánto tiempo nos insumirá el cambio.

Dentro de no mucho tiempo, pues, los montevideanos, como todos los uruguayos, ya no querrán mayor intervención del Estado en la salud, la educación o la economía. Habrán adquirido una saludable prevención contra la centralización de las decisiones. Sabrán que la colaboración espontánea de innumerables individuos bajo la ley, lo cual es básicamente el sistema de los mercados, es lo que ha hecho la prosperidad de Occidente, y de los orientales que han resuelto situarse en su longitud de onda cultural. Entonces ya nos contaremos también entre esos "orientales". En lugar de creer que el Estado puede resolver nuestros problemas, creeremos entonces que nosotros mismos podemos hacerlo. Que en los mercados del mundo podemos competir como el mejor. Que el Estado no tiene nada que darnos que no se lo quite a otros, y que esos otros solemos ser nosotros mismos, todavía que las más de las veces lo que da es mucho menos de lo que quita, ya que aquél es un repartidor que desperdicia o pierde por el camino gran parte de lo que se le da para transportar.

Cuán pronto ocurra todo esto depende de una variable clave en la historia. Se llama liderazgo. Por lo general, cuando las condiciones culturales básicas están dadas, el liderazgo adecuado surge a la acción y transforma la realidad. Estén atentos, porque puede suceder en cualquier momento.

cuestiones, la otra podría ha-